

INTRODUCCION BIBLICA AL CULTO DEL SGDO. CORAZON

Agnès de HEMPTINNE, O.S.B.
Maredret (Bélgica)

INTRODUCCION

Existe cierta reserva respecto de la devoción al Sagrado Corazón. No es que los jóvenes amen menos a Cristo en cuanto Amor, sino que lo aman de otro modo. Las fórmulas y manifestaciones que esta devoción ha ido adoptando no satisfacen las necesidades psicológicas y espirituales de los jóvenes; temen que se trate de una devoción sentimental o harto centrada en lo anatómico.

Sin embargo, esta devoción brota de la Escritura y de la doctrina de la Iglesia primitiva. Y esto nos permite disipar esa reserva y desconfianza. Pues nuestra generación desea precisamente que le revelemos «el Sagrado Corazón a partir de la Escritura: Evangelio, epístolas de San Pablo y de San Juan; e incluso a través de las figuras y esbozos que en el Antiguo Testamento han ido preparando a la humanidad para las manifestaciones supremas del Amor divino» ¹.

1. A. DERUMAUX, *Crise ou évolution dans la dévotion des jeunes pour le Sacré-Coeur*, en VARIOS, *Le Coeur*, Etudes Carmélitaines, 1950.

Como ha dicho Pío XII, «en los textos de la Sagrada Escritura, de la Tradición y de la Sagrada Liturgia es donde los fieles han de encontrar principalmente los manantiales límpidos y profundos del culto al Corazón Sacratísimo de Jesús»². Entonces quedará claro que no se trata de una forma particular y facultativa de devoción, sino de «la expresión perfecta de la religión cristiana», «el acto de religión por excelencia», que comporta la entrega total del hombre a la Persona del Verbo encarnado en cuanto amor redentor.

Al mismo tiempo, también quedará más claro que esta devoción (que nos propone el Amor de Dios como objeto de adoración, de acción de gracias y de imitación) puede y debe conducirnos a un conocimiento deleitable de la caridad de Cristo, y a la perfección del amor a Dios y a los hermanos. La devoción al Corazón de Jesús es el testimonio de amor de todo nuestro ser, como respuesta al testimonio de amor de Dios, que se manifestó en Jesucristo, bajo el símbolo del corazón herido, fuente del agua de la vida. El Corazón de Cristo es la culminación del designio de Dios. En él se encarnan todas las formas de la presencia y de la iniciativa de Dios, que hasta entonces sólo habían sido esbozadas. El Corazón de Cristo, el centro íntimo de su personalidad, es el Amor de Dios que se da totalmente a los hombres.

Después de reconocer y creer que el Corazón de Cristo es el amor personal de Dios, ¿cómo no unirnos personalmente a El, bajo la acción del Espíritu que nos concede adentrarnos en las riquezas insondables del Corazón humano de Dios y unirnos íntimamente a su sacrificio redentor?

Con este fin, y apoyándonos en los pasajes de la encíclica *Haurietis aquas* que relacionan el don del Espíritu Santo con el Corazón de Jesús, nos proponemos buscar en el Antiguo Testamento los antecedentes de esta relación, verla luego plenamente realizada en Cristo, muerto y resucitado, y, en fin, descubrir su permanencia escatológica. Y como conclusión, subrayar la armonía que existe entre el culto auténtico al Corazón de Jesús y el misterio pascual.

Que este contacto con la Palabra de Dios conduzca a una

2. *Haurietis aquas*, n. 27.

comprensión profunda del Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, puesto que cada vez que se da esta comprensión «ha sucedido algo decisivo en el reino del espíritu: Dios ha sido comprendido como El mismo se dio a conocer, de corazón a corazón»³.

I.—LOS SIMBOLOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO: EL CORAZON Y EL ESPIRITU

A) EL CORAZON.

El misterio de la salvación es un misterio de amor. Y el amor es fuente de vida: «Tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3, 16).

Ahora bien, para nosotros el símbolo más natural del amor (en cuanto valor espiritual) es el corazón, órgano de la vida afectiva. Pero en la Biblia, el simbolismo del corazón es más complejo.

a) *El corazón en la mentalidad semítica*⁴.

Para los semitas, el corazón, además de ser el órgano indispensable para la vida del cuerpo, es el centro de la vida psicológica y moral o vida interior. «Yo pondré mi ley en ellos y la escribiré en su corazón» (Jer 31, 33).

Las *emociones* y los *sentimientos* repercuten en el corazón. Por ejemplo, la alegría, la tristeza, el amor (cf. Jue 16, 15), la compasión (cf. Oseas 11, 8), el miedo y la angustia (cf. Sal 25, 17). El corazón es, para los antiguos semitas, la sede de toda la vida afectiva. En su manera de hablar se trasluce una mentalidad que no diversifica suficientemente las diferentes actividades psicológicas.

Tienden también a relacionar la *inteligencia* con el corazón. «Carecer de corazón» es carecer de inteligencia. Esta inteligencia

3. H. RAINER, *Ideas para una fundamentación bíblica de la devoción al corazón de Jesús*, en J. STIERLI, *Cor Salvatoris*, Herder, Barcelona, 1958, p. 59.

4. Cf. A. GUILLAUMONT, *Les sens des noms du Coeur dans l'antiquité*, en VARIOS, *Le Coeur*.

del corazón es esencialmente intuitiva; pero también sirve para pensar, calcular, meditar: «Decir en su corazón» equivale a pensar (Sal 14, 1). El corazón es también sede de la *memoria*, de la *atención*: «Toda la tierra es desolación por no haber quien recapacite en su corazón» (Jer 12, 11). El corazón debe incluso elevarse hasta el discernimiento y la sabiduría. Por consiguiente, se identifican corazón y vida del espíritu.

Como sede de la vida sensible, afectiva e intelectual, el corazón contiene los *elementos constitutivos de la persona* (cf. Sal 22, 27). Equiparar el propio corazón al corazón de Dios (cf. Ez 28, 2 y 6) equivale a considerarse como Dios, tener sentimientos y pensamientos propios de Dios. El corazón de Nabucodonosor es reemplazado por un corazón de animal (Dan 4, 13): forma concreta de representar la sustitución de personalidad.

Esta acepción de la palabra «corazón» se encuentra también en ciertos autores espirituales. Y Karl Rahner ha aplicado una noción muy semejante al objeto del culto al Sagrado Corazón; según Rahner, en sentido propio, el corazón significa el centro más íntimo del hombre total⁵; el corazón designa a la persona, antes que al amor (el corazón puede no amar).

En la Biblia, la palabra «corazón» se refiere precisamente a *la parte más secreta de la persona*. «El corazón de los reyes es impenetrable» (Prov 25, 3). «Anda, haz todo lo que te dicta el corazón», dijo Natán a David (2 Sam 7, 3).

Según la Sabiduría, Dios examina los corazones (palabra que aquí equivale a *conciencia* o al «yo»). Estar con el propio corazón equivale a estar consigo mismo, estar solo. Esta conciencia es, sobre todo, la *conciencia moral*, la que juzga nuestras acciones (cf. Job 27, 6); el corazón que ha pecado tiene que rendir cuentas (cf. Jer 17, 9).

Los israelitas no distinguían entre vida moral y vida religiosa. El corazón es sede de la *fidelidad a Yavé* (cf. 1 Reyes 11, 3-4; Sal 44, 19; Jer 17, 5), del temor de Yavé, virtud religiosa por excelencia, para el alma judía (cf. Prov 23, 17).

5. El P. Rahner se sitúa en una perspectiva existencial. Pero el corazón es también símbolo de los valores del amor. Por tanto, el concepto *corazón* puede referirse juntamente a la persona y al amor.

Este breve análisis del uso metafórico de la palabra corazón, nos muestra que este vocablo no nos da del amor una noción muy diferenciada. Por este motivo, sin duda, la Biblia lo emplea poco para significar el amor de Dios; prefiere la *noción de Alianza* (que connota los matices de respeto, misericordia y reciprocidad, característicos de este sagrado pacto de amor espiritual) y emplea las metáforas propias del amor conyugal, paterno o filial. El tema de la alianza está presente en todo el Antiguo Testamento y desemboca en el Calvario, nueva alianza sellada con la Sangre de Cristo (cf. Hebr 9).

El amor manifestado por Dios a su pueblo «no es, en sustancia, sino el preludio a aquella muy encendida caridad que el Redentor prometido había de mostrar a todos con su amantísimo Corazón»⁶.

b) *El Corazón del Mesías.*

Es de notar que cuando la Biblia habla del Corazón de Cristo, habla también de modo más o menos explícito, de las condiciones necesarias para recibir la gracia. La gracia fluirá del Mesías para todos los hombres con el fin de transformar su corazón de piedra en un corazón vivo, habitado por el Espíritu de Dios (cf. Ez 36, 25-27). Pero para que esta gracia pueda ser derramada, Dios quiere que el Corazón del Mesías sea herido por el dolor y la muerte. «Mediante el corazón muerto, se proporciona a los redimidos un espíritu vivo»⁷.

«Ni sacrificio ni oblación querías, pero el oído me has abierto [LXX: «Tú me has formado un cuerpo»]; no pedías holocausto ni víctima, dije entonces: Heme aquí, que vengo. Se me ha prescrito en el rollo del libro hacer tu voluntad. Oh Dios mío, en tu ley me complazco en lo profundo de mis entrañas» (Salm 40, 7-9)⁸.

Esta oración del salmista, que la epístola a los Hebreos pone en boca de Cristo (cf. Heb 10, 5-7), expresa la esencia misma de las disposiciones profundas del Corazón del Mesías respecto de

6. *Haurietis aquas*, n. 8.

7. H. RAHNER, *l. c.*, p. 63.

8. Los LXX ponen *koilia* (entrañas); la Vulgata: "*cor*". Habrá que tener presente esta correlación para captar todo el alcance de Jn 7, 37.

su Padre y de la misión redentora. «En virtud de esta voluntad [del Padre] somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo» (Heb 10, 10). El Corazón del Mesías, para el que Dios ha formado un cuerpo humano, es el Santo de los Santos donde se erige el altar del sacrificio ⁹.

La profecía de Jeremías (30, 21), incluída en las lecturas de maitines de la fiesta del Sagrado Corazón ¹⁰, nos sitúa en el centro mismo de este sacrificio.

Primero se nos anuncia al Mesías como un nuevo David, salido del pueblo que tiene que salvar: «servirán a Yavé su Dios y a David su rey, que yo les suscitaré» (Jer 30, 9); «será su soberano uno de ellos, su jefe de entre ellos saldrá» (Jer 30, 21a). Luego nos da a conocer la actitud interior del Mesías en el momento del sacrificio: «y le haré acercarse y él llegará hasta mí, porque ¿quién es el que se jugaría la vida por llegarse hasta mí?» (Jer 30, 21b).

El Mesías se acercará a Dios, como el sacerdote, único que está consagrado «para acercarse a El» (Núm 16, 5; cf. Ex 19, 22 y Heb 5, 4). El nuevo David es, pues, sacerdote y rey; mediante el sacrificio de su vida merecerá acercarse a Dios para salvar a su pueblo. Cristo Sacerdote da su Corazón en prueba de su amor. Para el Corazón del Mesías salvador, el sacrificio es una obligación esencial y sagrada.

Semejante a este texto de Jeremías, es el tercer canto del Siervo de Yavé (Is 50, 4 ss.). La actitud profunda del Corazón del Mesías dispuesto al sacrificio se asemeja grandemente a la docilidad del Siervo cuyo oído Yavé despierta mañana tras mañana [¿no es acaso el oído del corazón de que habla San Benito en el prólogo de su Regla?] «para escuchar como los discípulos» (Is 50, 4). «Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salvazos» (Is 50, 5-6).

La profecía de Jeremías va más lejos todavía: hasta el día en

9. En esta forma, entre otras, se representaban el Corazón de Jesús, Santa Gertrudis y Santa Matilde: «Altare in quo seipsum immolat Summus Aeternusque Sacerdos Jesus Christus».

10. *Brév. monast.*, I. II.

que el amor ultrajado del Salvador se trueca en tormenta desencadenada sobre el pueblo culpable; pero en medio de la cólera, Dios tiene piedad (cf. Hab 3, 2) y realiza el designio de su corazón: Mirad que una tormenta de Yavé ha estallado, un torbellino remolinea: sobre la cabeza de los malos descarga. No ha de apaciguarse el ardor de la ira de Yavé hasta que la ejecute y realice los designios de su corazón. En días futuros os pecataréis de ello» (Jer 30, 23-24).

Esta profecía mesiánica es «el texto de la Sagrada Escritura referido al corazón de Jesús más profundo y rico de contenido y el más hermoso de todos cuantos expresamente mencionan el corazón del Mesías»¹¹. No podía faltar en las lecturas de la fiesta del Sagrado Corazón¹².

Para terminar, tres salmos nos ayudarán a adentrarnos en este misterio del Corazón del Mesías.

El salmo 22. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (v. 2). Lamento de un inocente perseguido; acción de gracias por la liberación esperada. Posteriormente se le añadieron algunos versículos (28-32) y el salmo adquirió sentido mesiánico. El sentido del salmo es el siguiente: «el Pobre de la era definitiva será probado por el sufrimiento, pero Dios lo libraré; liberación que coincidirá con la era mesiánica»¹³.

En el Nuevo Testamento este salmo guía a los evangelistas en la narración de la Pasión del Señor. De todo lo referente a su suplicio y a su muerte, sólo mencionan lo más significativo para la fe cristiana, es decir, lo que había sido predicho por el Antiguo

11. G. CLOSEN, citado por H. RAHNER, *l. c.*, p. 67.

12. Jeremías expresa así el amor de Dios que salva a su pueblo: «te he amado con amor eterno, por eso te he conservado mi favor» (Jer 31, 3). La Vulgata lo traduce de esta forma: «In caritate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans». En fin, la Liturgia adapta este texto con entera libertad: «In caritate perpetua dilexit nos Deus, et ideo exaltatus a terra, attraxit nos ad Cor Suum, miserans» (3.ª antif. de laudes del Sagrado Corazón).

Jeremías, el profeta de corazón sensible y delicado, parece haber sido escogido para expresar con especial calor humano los sentimientos del corazón de Yavé y la fidelidad de su Alianza de amor (cf. Jer 32, 37-41) (primer responso de maitines de la fiesta).

13. A. GELIN, *Les quatre lectures du Psaume 22, Bible et vie chrétienne*, n. 1, 1953.

Testamento (comparar Mt 27, vers. 35 y 39-43, con los vers. 19 y 8-9 de este salmo).

Por su parte, la liturgia romana ha consagrado esta interpretación del Salmo 22; sólo lo emplea en relación con la Pasión de Cristo: Introito y Tracto del Domingo de Ramos; maitines del Viernes Santo, etc.

Jesucristo pronunció en la cruz el primer versículo del salmo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). Para un israelita equivalía a evocar el salmo entero.

Esta oración de Cristo agonizante nos permite entrever la intensa repercusión de sus sufrimientos sobre toda su personalidad: «Soy como el agua que se vierte, todos mis huesos se dislocan, mi corazón se vuelve como cera, se me derrite entre mis entrañas» (Salm 22, 15). Habría que citar por entero esta conmovedora lamentación, ese grito de angustia del Hombre-Dios. El salmo termina con un himno de alegría por los frutos de la Redención: «Los pobres comerán, quedarán hartos; los que buscan a Yavé le alabarán: ¡Viva su corazón eternamente! ...Y vivirá mi alma para él, le servirá mi raza; se hablará del Señor a la edad venidera, se anunciará su justicia al pueblo por nacer: Esto hizo él» (vers. 27-32). Del Corazón del Mesías, roto por el dolor, mana la vida para todos los hombres.

Salmo 69. El Nuevo Testamento mismo nos da la interpretación mesiánica de este salmo. Cristo ha realizado puntualmente el drama que este salmo nos presenta: el drama del Siervo de Yavé lleno de celo por el designio del Padre y por la purificación del pueblo.

Según San Juan, después que Jesús hubo arrojado a los vendedores del templo «sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: "El celo por tu casa me devorará"» (Jn 2, 17). Así comienza el versículo 10 de este salmo. Por su parte San Pablo aplica a Cristo la parte final del mismo versículo: «Pues tampoco Cristo buscó su propio agrado, antes bien, como dice la Escritura: "Los ultrajes de los que te ultrajaron cayeron sobre mí"» (Rom 15, 3). ¿No reaparece aquí el Siervo de Yavé portador de la iniquidad de todos?

Mateo (27, 48) y Juan (19, 28) nos hablan de cómo Cristo cumplió en la cruz el versículo 22 («en mi sed me han abrevado con

vinagre»): «sabiendo Jesús que todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice: "Tengo sed". ...Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca» (Jn 19, 28-29).

Pero todo el salmo es importante: nos va detallando la angustia que oprime el Corazón del Mesías en el momento de la Pasión: «¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas me llegan hasta el cuello! Me hundo en el cieno del abismo, sin poder hacer pie; he llegado hasta el fondo de las aguas y las olas me anegan... El oprobio me ha roto el corazón... Espero compasión y no la hay, consoladores, y no encuentro ninguno...» (vers. 2, 3, 20).

Y una vez más, triunfa la alegría: de la muerte del Justo nace la vida, el Corazón roto es fuente de fuerza y salvación para el corazón de los hombres: «Lo han visto los humildes y se alegran; ¡viva nuestro corazón, los que buscáis a Dios! Porque Yavé escucha a los pobres, no desprecia a sus cautivos... Pues salvará Dios a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá: habitarán allí y las poseerán; la estirpe de sus siervos la heredará, los que aman su nombre en ella morarán» (vers. 33-37).

La liturgia usa varios versículos de este salmo durante el tiempo de Pasión ¹⁴. Pero sobre todo hay que notar que este salmo nos introduce en el triduo sacro: la antifona «El celo de tu casa me devora» (ver. 10) es como el pórtico (primera antifona de maitines del Jueves Santo) que cada año nos invita a penetrar en lo más íntimo del misterio pascual.

Salmo 16, 9-11. Después de la angustia de muerte, el gozo desborda del Corazón del Resucitado: «Por eso se alegra el corazón, mis entrañas retozan y hasta mi carne en seguro descansa; pues no has de abandonar mi alma al seol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa. Me enseñarás el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre» (Sal 16, 9-11). Este salmo sirve de base para la argumentación de San Pablo en la sinagoga de Antioquía (Act 13, 32 ss.). Y San Pedro, después de haber comentado este salmo, exclama: «A este Jesús, Dios le resucitó... Y exaltado por la diestra de

14. Por ejemplo, el ofertorio del Domingo de Ramos.

Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís» (Act 3, 32 s.).

B) EL ESPIRITU.

a) *El soplo de Dios.*

El Antiguo Testamento no conoce todavía al Espíritu Santo como persona; sin embargo, muchos de sus textos presentan la acción divina como acción del espíritu. Nos habla del soplo de Dios; éste, poco a poco, se trueca en espíritu de Dios y acabará identificándose con el Espíritu Santo. *Este soplo (ruah) se refiere al viento y también a la respiración o aliento.*

Los *vientos* son los mensajeros de Dios (Sal 104, 4), cumplidores de las manifestaciones de poder en favor del pueblo escogido (Gén 8, 1; Ex 14, 21-22); son el instrumento de la acción natural y sobrenatural de Dios sobre el mundo.

Es frecuente *ruah* en sentido de *aliento*; se trata de textos posteriores. El aliento es condición de vida; viene directamente de Dios: «...e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente» (Gén 2, 7). «Si él retirara a sí su soplo, si recogiera hacia sí su espíritu, a una expiraría toda carne, el hombre al polvo volvería» (Job 34, 14-15). La creación entera se atribuye al soplo de Dios: «Envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra» (Sal 104, 30). Toda creación nueva es también obra suya (cf. Ez 37).

Por consiguiente, el viento y el aliento no parecen tener en la Biblia un sentido meramente natural; por su fuerza e inmaterialidad conducen insensiblemente a una realidad más inmediatamente divina: el espíritu de Dios.

El espíritu de Yavé. El soplo o aliento se hace equivalente a alma; expresa la vida; manifiesta la sicología y el vigor del hombre (Gén 45, 27; Sal 142, 4; 1 Reyes 10, 5). Luego se refiere a una fuerza nueva y sobrehumana, que habilita al hombre para acciones que lo sobrepujan (Jueces 3, 10; 14, 6. 19).

En el antiguo *nabî*, este espíritu de Yavé se presenta como una modificación meramente exterior de la respiración, como

una fuerza que lo sume en trance y en éxtasis (1 Sam 10, 6; 19, 23. 24); pero todavía no aparece como una fuerza que transforme interiormente (excepto en 1 Sam 10, 5), ni actúa de continuo.

En cambio, permanece constantemente en el *rey*. Esta permanencia se expresa con la unción: «Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces, vino sobre David el espíritu de Yavé» (1 Sam 16, 13). David y sus descendientes han recibido el espíritu de Yavé. Sin embargo, la unción que recibieron no bastaba para transformarlos. Pero cuando llegue el Mesías, Dios mismo lo ungirá: «Se posará sobre él el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yavé» (Is 11, 2).

Los *profetas* se dan cuenta del poder divino que se apodera de ellos y los transforma (los *nebhî'im* no se daban cuenta). Lo llaman «mano de Yavé», más bien que espíritu (Jer 15, 17); quizá por cierta desconfianza para con sus colegas delirantes (cf. Amós 7, 14). En lo más profundo de su corazón (y a veces en medio de una auténtica rebeldía de su ser) sienten una fuerza interior irresistible que les lleva a proclamar la palabra de Yavé: «Me has seducido, Yavé, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido... La palabra de Yavé ha sido para mí oprobio y befa cotidiana. Yo decía: "No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su nombre". Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía» (Jer 20, 7-9).

En las descripciones de los profetas encontramos el recuerdo del viento que separa las aguas del mar (Is 63, 7. 19), que interviene en las teofanías (Ez 1, 4 ss.; 10, 17), en la comunicación de la vida, etc.

A lo largo de la Biblia aparecen los mismos términos y las mismas imágenes; pero su significado se va espiritualizando. Los fenómenos naturales dejan de ser el soporte de la acción espiritual de Dios salvador.

Se llega así a una concepción más elevada del espíritu de Yavé. Ezequiel, en un texto de matiz netamente pascual, anuncia la comunicación del espíritu de Dios a todo el pueblo: «Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os

llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos os purificaré. Y os daré *un corazón nuevo*, infundiré en vosotros *un espíritu nuevo*, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré *mi espíritu en vosotros* y haré que os conduzcáis según mis preceptos» (Ez 36, 24-27). Regeneración interior que comprende tres etapas: purificación de las culpas, renovación de los corazones, don del Espíritu.

Para la vida nueva que Dios comunicará al pueblo resucitado, se requiere también un principio nuevo cuya sede ya no será la sede del aliento, sino el corazón. Según Ezequiel, espíritu nuevo corresponde a corazón nuevo. Ya Jeremías había proclamado en nombre de Yavé: «Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré» (Jer 31, 33; cf. 24, 7; 32, 39-40). Y San Pablo dirá de esta ley que es «ley del Espíritu que da la vida», de ese «Espíritu de Dios que habita en vosotros» (Rom 8, 2 y 9). Pero Ezequiel, el primero de los grandes profetas del espíritu, une los dos temas: corazón y espíritu. Es un punto importante para nuestro tema ¹⁵.

La profecía de Joel (3, 1-2) es posterior y se sitúa en una perspectiva más escatológica todavía: «Derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán... Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días». Esta profecía proporcionará a Pedro el argumento de su primera predicación (Act 2, 16 ss.).

Concluyendo: en el período del exilio se descubre en el «espíritu» una fuerza divina interior. El crisol de la prueba purifica la religión de Israel. Dios no habita ya en el Templo de piedra, sino en el corazón de los fieles. El culto se interioriza y prefigura el culto «en espíritu y en verdad» (Jn 4, 24). Cuando llegue el tiempo de la gracia, la santidad de Yavé se derramará como agua vivificante sobre el pueblo redimido.

15. El texto de Ezequiel figura en los Maitines del Sagrado Corazón (*Brév. monast.*).

b) *El agua viva.*

Siempre, incluso en el Nuevo Testamento, el viento será signo del Espíritu (cf. Act 2, 2; Jn 3, 8). Pero existe un símbolo más reciente del Espíritu: el agua viva, la fuente que da vida, purifica y apaga la sed.

El agua, imagen de los bienes mesiánicos. — En Oriente el agua es imagen de la vida. Donde brota una fuente, surge la vida y el gozo (Is 35, 2). Por eso, el agua evoca muy bien las riquezas mesiánicas que Yavé, renovando las maravillas del primer éxodo, empezará a derramar a la vuelta del exilio (cf. Is 43, 16-21; 49, 10).

Lo mismo que en el desierto de Sinaí, Dios hará brotar una fuente de la roca, como dice el cántico de la salida de Babilonia: «No padecieron sed en los sequedales a donde los llevó; hizo brotar para ellos agua de la roca. Rompió la roca y corrieron las aguas» (Is 48, 21. Cf. Ex 17, 1-17; Núm 20, 2-13; Sab 11, 4; este episodio tiene importancia en la literatura judía) ¹⁶.

Símbolo de los bienes mesiánicos, el agua se convierte en signo del Espíritu, cuya efusión se relaciona con los tiempos escatológicos (Is 32, 15-18; 44, 3-4). En su gran visión sobre la restauración, Ezequiel contempla la tierra prometida irrigada por un río que sale del *lado derecho del Templo* y fecunda el desierto hasta el Mar Muerto (Ez 47): «Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá..., allí donde penetra esta agua lo sana todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente... A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales... producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario» (ver. 9-12).

Las descripciones de Zacarías no son menos significativas: «Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén, *un espíritu de gracia y de oración*. Y mirarán a aquel a quien traspasaron» (12, 10). «Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, *para*

16. La roca era símbolo de Yavé en cuanto acompañaba a su pueblo y apagaba su sed; Yavé manifestaba su presencia dándoles esta agua viva. San Pablo, testigo de esta exégesis bíblica y rabínica, dice que la roca era Cristo, misteriosamente presente ya, en medio de los suyos (1 Cor 10, 4).

lavar el pecado y la impureza» (13, 1). Y en una perspectiva escatológica, anuncia que: «Sucederá en aquel día que *saldrán de Jerusalén aguas vivas*, mitad hacia el mar oriental, mitad hacia el mar occidental: vivas serán tanto en verano como en invierno» (14, 18).

Por su parte, Joel anuncia que «sucederá en aquel día que... una fuente manará de la Casa de Yavé, que regará el valle de las Acacias» (4, 18).

Isaías había simbolizado en «las aguas de Silóe que manan tranquilamente» (Is 8, 6) la secreta protección de Yavé sobre su ciudad y su pueblo. Yavé mismo se designó como "*la fuente de aguas vivas*" (Jer 2, 13; 17, 13). Pero cuando llegue el tiempo de la gracia, esta fuente manará más abundante todavía; mas el agua nueva ya no brotará del suelo, sino que bajará de las alturas de Dios. Por eso los profetas emplean las expresiones «derramar el espíritu», «efusión del espíritu», expresiones que reaparecen en el Nuevo Testamento y en el lenguaje cristiano.

Nada como el agua viva podía significar mejor la irrupción del Espíritu y su acción vivificante. La fuente que mana es pura, viva, alegre; engendra la vida; es suave y fuerte a la vez.

Para terminar lo relativo al agua viva tenemos que volver al texto de Ezequiel (36, 25-27). Vimos que constituye el punto de unión de los símbolos corazón y espíritu. Ahora podemos encontrar en él la relación agua-espíritu. La efusión del agua pura (vers. 25) corresponde al don del espíritu (v. 26 y 27) que transformará el corazón y dará vida interior a la Nueva Alianza (cf. Is 32, 15; Rom 8, 11-15). La Alianza del Sinaí constituyó para el pueblo de Dios una primera purificación por el agua (cf. Ez 16, 19). Purificación que es renovada para que todos los miembros del Pueblo reciban un corazón nuevo.

c) *El fuego.*

Nos limitaremos a una rápida alusión a este otro símbolo del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento.

El fuego manifiesta la presencia y la protección de Yavé. Su acción vengadora o purificadora (Gén 19, 24).

El fuego que consume las víctimas (Gén 15, 17; 1 Reyes 18,

38) es el mismo «Espíritu eterno» por el que Cristo se ofrecerá a su Padre como cordero sin mancha (cf. Heb. 9, 14). El pasaje de San Lucas (12, 49) «He venido a traer fuego a la tierra», es interpretado en este sentido por varios Padres. Por ejemplo: S. Ambrosio, S. Cirilo de Alejandría, S. Jerónimo lo relacionan con el don del Espíritu; según S. Gregorio Magno «el Señor ha enviado el fuego cuando ha inflamado nuestros corazones de carne con el sople de su Espíritu»¹⁷. Es de notar que a la manifestación del deseo de Jesús —«¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!»— sigue inmediatamente el anuncio de un bautismo cuya perspectiva le angustia. El efecto de este fuego está condicionado por la Pasión. Este versículo de S. Lucas sirve de antifona para el Magnificat de la fiesta del Sagrado Corazón. Esto es bastante significativo, y sin forzar el texto, nos permite ver en este fuego la imagen del Espíritu que Jesús derramó por la herida de su corazón abierto y que envió en forma de lenguas de fuego (Act 2, 3).

Resumiendo lo esencial de cuanto hemos visto en los salmistas y profetas, se puede decir que mediante el símbolo del Corazón describen los sentimientos profundos del Mesías; y que nos presentan este Corazón enteramente consagrado a su obra salvadora. Por otra parte, hemos visto cómo la Alianza se iba interiorizando; esta Alianza será sellada con el sacrificio del Mesías que dará una vida nueva a los hombres, la vida del Espíritu. El Espíritu aparece bajo la imagen del viento, del aliento, del fuego y, sobre todo, bajo la imagen del agua viva derramada desde lo alto, después de la muerte de Cristo.

«Sangre y agua, corazón y pneuma, muerte y vida, están inseparablemente unidos en esta cristología del Antiguo Testamento. No podía resumirse más acertadamente este fundamental concepto mesiánico que con la plegaria de la Iglesia *qui corde fundis gratiam*»¹⁸.

El agua viva del Espíritu es ciertamente el don del Corazón de Dios al corazón del hombre.

17. *Hom. in Evang. XXX, 1. II; PL 76, 1223).*

18. H. RAHNER, *l. c.*, pp. 72-73.

II.—EL MESIAS, FUENTE DE AGUA VIVA

El Espíritu de Dios está en el origen de la concepción del Mesías; las tradiciones relativas a la «genealogía» de Jesús (Mt 1, 1) concuerdan sobre este punto capital; Mateo (1, 18-20) confirma a Lucas (1, 35); aquí se realiza, en el tiempo, el encuentro vivo del Corazón y del Espíritu. San Juan, por su parte, alude al nacimiento virginal de Jesús (1, 13), centra su testimonio histórico en el tiempo que media entre el Bautismo de Cristo hasta su «gloria», manifestada en el misterio pascual¹⁹.

a) *El Bautismo.*

El Bautismo de Jesús (Jn 1, 31-34), acompañado de la bajada del Espíritu, aparece como un acontecimiento importante en la vida de Jesucristo. En cierta manera, su vida está delimitada por dos bautismos (el bautismo en el agua y el bautismo en la sangre [que constituye «el otro bautismo», como dice San Lucas: 12, 50]) y por dos manifestaciones del Espíritu, relacionadas con los dos bautismos: al principio de la vida pública, el Espíritu desciende sobre Jesús; y al fin de su vida terrestre, cuando se cumple el bautismo en la sangre, Jesús «entrega el Espíritu» (texto sobre el que volveremos)²⁰.

La venida del Espíritu, en el bautismo, constituye para Jesús la consagración de su mesianidad. Ya hemos visto que en el Antiguo Testamento (lo mismo que en la Iglesia) el don del espíritu comporta una misión profética y real. Es un don personal; pero se hace en beneficio de una comunidad. Es cierto que Jesucristo no comunicará plenamente su Espíritu sino después de su sacrificio (su «hora»); pero las primicias de esta efusión se remontan a su bautismo: «La bajada del Espíritu so-

19. En vez de estudiar las manifestaciones de Jesús primero en los sinópticos y luego en San Juan, nos limitaremos a este último, pues por sí sólo nos llevará al centro que buscamos: el Corazón de Cristo, fuente del Espíritu, cumplimiento de «todo lo que habían anunciado los profetas» (Lc 24, 25).

20. En Lc 24, 49, Jesús anuncia el pronto envío del Espíritu. En Mt 28, 19, Cristo envía a bautizar en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu. En los sinópticos, el bautismo y la venida del Espíritu inauguran el ministerio de Jesucristo.

bre Cristo es prenda cierta de la efusión de este mismo Espíritu sobre los que, virtualmente presentes ya en El desde su bautismo, aceptarán en el tiempo su Redención»²¹.

Juan Bautista tiene la misión de anunciar «al que bautiza en el Espíritu Santo». E insiste en la plenitud del Espíritu que reside en Jesús: «He visto al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba sobre él» (Jn 1, 32)²². «Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo» (Jn 1, 33). Jesús es «el elegido de Dios» (Jn 1, 34) sobre el que «reposa el Espíritu» (Is 11, 2; cf. Is 61, 1).

El Bautista anuncia también al Cordero de Dios; es decir, el Mesías que sufre, el Siervo que, llevando sobre sí nuestro pecado, ofrecerá su vida en expiación para cumplir el designio salvífico de Dios (cf. Is 53). El don mesiánico del Espíritu será fruto del don que Jesucristo hará de su propia vida. En todo el cuarto evangelio están inseparablemente unidos el agua del bautismo, el sacrificio simbolizado por la sangre, y el Espíritu Santo.

b) *El nacimiento según el Espíritu* (Jn 3, 1 ss.)

La conversación de Jesús con Nicodemo es muy significativa a este respecto.

«En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios» (ver. 3). La expresión de Jesús puede significar «nacer de nuevo» y «nacer de lo alto»; Nicodemo se para en el primer sentido. Jesús precisa su pensamiento: «El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios» (v. 5). Hay que nacer de lo alto: la entrada en el Reino es iniciativa gratuita de Dios. Este nacimiento se verifica en el agua y en el Espíritu; esta alusión al bautismo resulta muy clara para las comunidades cristianas a las que se dirige San Juan.

21. D. BARSOTTI, *Vie mystique et mystère liturgique*, Lex orandi, p. 121.

22. Algunos textos escriturísticos esclarecen el símbolo de la paloma. El bautismo es como un nuevo diluvio que, después de haber anegado el mundo culpable, permite el nacimiento de una humanidad renovada; fue precisamente la paloma (Gén 8, 10-11) la que anunció el nacimiento de un mundo nuevo. La paloma del Jordán recuerda también el vuelo del Espíritu de Dios sobre las aguas (Gén 1, 2). La simbólica del Antiguo Testamento reaparece a lo largo de todo el N. T., especialmente en San Juan.

Esta regeneración representa para cada fiel la celebración personal de la Alianza anunciada por Ezequiel: «Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados... y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo... infundiré mi espíritu en vosotros... seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (36, 25-28). «Concluiré con ellos una alianza de paz, que será una alianza eterna» (Ez 37, 26; cf. Jer 31,31-33). Este nuevo nacimiento es obra del Espíritu; es acontecimiento misterioso semejante al soplo del viento (juego de palabras entre «espíritu» y «viento»): «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu» (Jn 3, 8). A la mención del agua y del Espíritu se junta, casi inmediatamente —y de propósito, según parece—, la alusión al sacrificio de Cristo: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que cree tenga por él vida eterna» (Jn 3, 14-15). Para ser salvo hay que mirar con fe a Cristo «levantado» en cruz, del mismo modo que había que mirar la serpiente de bronce (Núm 21, 8) y al Hijo único (Zac 12, 10). Entonces de su costado abierto manará sobre el fiel el agua de la purificación (cf. Jn 19, 34; Zac 13, 1).

c) *El agua viva y el culto en Espíritu* (Jn 4, 10-14; 23-24).

Con el episodio de la Samaritana nos acercamos todavía más al centro misterioso donde convergen y del que emanan las líneas fundamentales del Antiguo Testamento.

Es una escena llena de evocaciones bíblicas: Jacob, que dio el pozo y bebió de él, lo mismo que sus hijos y sus ganados, y le dio también su nombre (Jn 4, 12 y 6); José, cuya heredad estaba cerca (v. 5); los «padres» que rezaron en el monte Garizim (v. 20). Y en fin: el agua, tan frecuente en la Biblia: desde la fuente del Edén (Gén 2, 10-14) hasta la fuente espiritual de la enseñanza de los sabios y la abundancia de las aguas mesiánicas; los pozos alumbrados por los nómadas (Gén 26, 15-30) y sus cantos de gozo (Núm 21, 17); el encuentro, junto a un pozo, de Eliecer y Rebeca (Gén 24, 10-27), de Jacob y Raquel (Gén 29, 1-4), de Moisés y las hijas del sacerdote de Madián (Ex 2, 15-22); también las fuentes del desierto de Sin (Ex 15, 22-27; 17, 1-7). Hay que tener presente todo esto, junto al pozo de Jacob.

Jesús está fatigado del camino; se sienta; tiene sed y pide a la mujer que le dé de beber; de antemano conoce la respuesta de ella, pero esta es la manera que tiene Jesús de hacer para que los hombres se percaten de la sed que los devora sin que se den cuenta; quiere abrirles la fuente de vida: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva» (vers. 10). A partir de una realidad material, el agua del pozo de Jacob, Jesús asciende paulatinamente a la revelación del don de Dios, a esa agua viva y misteriosa que no brota de la tierra. «El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna» (v. 14). En el interior mismo del corazón —no sólo fuera— brota el agua que purifica y regenera (cf. Ez 36, 25-27) e instruye en el amor: «El Espíritu Santo os enseñará todas las cosas» (Jn 14, 26). En efecto, el don de Dios es su Espíritu; Espíritu que reposa sobre Cristo y de El se difunde, como agua bienhechora, a los corazones sedientos. Jesús no se limita a conducirnos al pozo de agua viva; hace brotar en nosotros una fuente inagotable; une a su palabra de Sabiduría encarnada el don del Espíritu de vida: «mis palabras son espíritu y vida» (Jn 6, 63). Este don se realizará plenamente en el momento de su exaltación, cuando bajo el golpe de la lanza mane agua de su costado, como símbolo vivo de la efusión prometida ²³.

El don de Dios inaugura el culto en espíritu y en verdad; culto nuevo que, lo mismo que el nuevo nacimiento, sólo puede provenir de este don. «Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorarle en espíritu y verdad» (v. 23-24). El Padre acepta este culto porque en él reconoce a su Espíritu; es la religión que él mismo suscita en el corazón de los que han renacido del agua y del espíritu.

23. Estamos ante la doble interpretación dada por los Padres a la fuente de agua viva. Para unos, representa el conocimiento de los misterios divinos; en este sentido, el Corazón de Cristo es sede y fuente de toda sabiduría. Para otros, el agua es símbolo de los bienes mesiánicos; sobre todo, del bautismo en el Espíritu derramado en nuestros corazones como agua viva.

«Llega la hora», es decir, la hora de la Pasión del Mesías, quien merecerá para todos la plena efusión del Espíritu. Y en cierto sentido ha llegado ya, puesto que Cristo, primicias de la nueva criatura, posee «el Espíritu sin medida» (Jn 3, 34); es perfecto adorador del Padre.

d) *De su seno correrán ríos de agua viva* (Jn 7, 37-41).

Jesús es depositario del Espíritu; pero no es su dispensador sino mediante su resurrección, como nos enseña el episodio de la fiesta de las tiendas o tabernáculos; episodio que estudiaremos detenidamente porque las palabras de Jesús y el contexto de la fiesta son algo capital para captar en su raíz joánica la verdadera devoción al Corazón de Cristo.

La fiesta de las tiendas era la más alegre de las fiestas judías. Empezó teniendo un carácter agrícola: era la fiesta de la realeza cósmica de Yavé, fuente de agua y dispensador de la lluvia necesaria para la siembra de otoño.

Más tarde se conmemoró la liberación de Israel y los prodigios del primer éxodo, entre los que hay que mencionar el agua que brotó de la roca (cf. Ex 17, 1-7; Núm 20, 1-13). Durante el exilio, el recuerdo de las maravillas pasadas, suscita la esperanza de una nueva liberación llena de bienes mesiánicos cuyo símbolo más característico era la efusión del agua viva, como hemos visto. Después del segundo éxodo, la esperanza de Israel se centró cada vez más en la persona del Mesías que satisfaría plenamente la espera de sus fieles.

En tiempo de Cristo, la idea central de la fiesta de las tiendas era la roca del desierto, y más aún la Roca de la que un día brotarían las aguas mesiánicas. La fiesta era como una anticipación del día en que el pueblo escogido sacaría con gozo el agua de las fuentes de la salvación. Cada mañana de los siete días de la fiesta, un sacerdote, escoltado por un grupo de levitas, bajaba a la fuente de Siloé a buscar agua con un aguamanil de oro. Y mientras el cortejo volvía al Templo para derramar el agua en libación sobre el altar de los holocaustos, sonaban las trompetas, recordando la promesa mesiánica: «Sacaréis el agua con gozo de los hontanares de salvación» (Is 12, 3). El último día el pueblo

asistía al sacrificio de la mañana con palmas y cantando «Hosanna».

Pues bien, «el último día de la fiesta, el más solemne, puesto en pie, Jesús gritó: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva» (37-38). Cristo se presenta como la roca de que mana el agua viva (cf. 1 Cor 10, 4). Realiza, pues, lo que esperaban del Mesías: la renovación espiritual del milagro del Exodo. El pueblo se dio cuenta: «Muchos entre la gente que le habían oído estas palabras, decían: Este es sin duda el profeta. Otros decían: Este es el Cristo» (v. 40-41).

El agua viva mana de su Corazón ²⁴; Cristo es la única fuente del Espíritu. San Ireneo fue en Occidente el maestro de esta teología del agua viva y difundió «la concepción realista que sitúa la fuente del Espíritu en la humanidad corporal de Cristo y considera el derramamiento de la sangre y del agua como realización de la promesa hecha el día de las tiendas» ²⁵. Del diácono Sanctus, martirizado en Viena (Galias) se dice que se mantenía firme «bañado y fortificado por la fuente celeste de agua vivificante que brota del costado de Cristo» ²⁶. Todos los elementos de esta tradición comparecen en la discusión entre S. Justino y Trifón (hacia 153): «Cristo traspasado es la buena roca de la que bebemos el agua de la vida» ²⁷.

Jesucristo confirmó su aserto apelando a la escritura. ¿A qué texto se refiere? Según S. Ireneo (Is 43, 19-21): anuncia los prodigios del nuevo éxodo. Para S. Cipriano se trata de Is 48, 21: «No padecieron sed en los sequedales a donde los llevó; hizo brotar para ellos agua de la roca. Rompió la roca y corrieron las aguas». En efecto, este texto comporta toda la teología del agua viva: Cristo es la roca que, rota por la pasión, hace brotar el agua que salva. Pero a este texto de Isaías hay que añadir los textos ya citados de Zacarías (12, 10; 13, 1), pues según los Padres, el principio del Espíritu es Cristo traspasado. Este texto de Za-

24. Cf. un hermoso texto de San Ambrosio en su *Explanatio Psalmorum*, I, 33, PL 14, 940.

25. F. X. DURWELL, *La Resurrección de Jesús, misterio de salvación*, Herder, Barcelona, 1965, p. 103.

26. Cf. EUSEBIO, *Hist. eccl.* V, PG 20, 417.

27. *Diálogos con Trifón*, 114, PG 6, 740.

carías se mencionaba, entre otros, en la fiesta de las tiendas. Y San Juan habla claramente de la clase de agua viva dada por Cristo: «Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él» (Jn 7, 39). Pero faltaban todavía la partida de Jesús (Jn 16, 17) y su glorificación: «Porque aun no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado» (Jn 7, 39). Para S. Juan, esta glorificación es la pasión y muerte del Mesías (que en otra parte llama su «elevación»: cf. 3, 14; 12, 28; 13, 31-32; 17, 5); es su sacrificio, único que merece la plena efusión del Espíritu, tanto para el mismo Cristo (su Resurrección; cf. Rom 11) como para todos los creyentes.

e) *El Corazón traspasado* (Jn 19, 30-37).

Para subrayar la dependencia entre la efusión del Espíritu y la glorificación de Cristo, San Juan dice: «Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: Todo está cumplido. Inclino la cabeza y entregó el espíritu» (Jn 19, 30). San Juan, como otras veces, juega con los dos sentidos de la palabra espíritu. El verbo que emplea significa transmitir, dar por vía de sucesión, entregar a la posteridad. En el momento de su muerte, Jesús entrega misteriosamente a los suyos el Espíritu prometido.

Casi inmediatamente, un hecho, el más «significativo» de cuantos rodean la muerte de Cristo, da cumplimiento de modo visible, aunque simbólico todavía, a la promesa de Jesús (Jn 7, 39). En efecto: «Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua» (Jn 19, 34). Al recibir la lanzada, Cristo estaba ya muerto, ya no podía merecer. Y la herida del Corazón sólo puede tener valor de signo. Pero este signo tiene tal importancia para San Juan que toma a Cristo mismo por testigo de su propia afirmación: «Lo atestigua el que lo vio y su testimonio es válido, y El sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis» (Jn 19, 35). Para San Juan «el brotar de la sangre y del agua es la prueba de una verdad básica: "para que vosotros tengáis fe"»²⁸. Lo repite en su primera epístola, con la añadidura del testimonio del Espíritu (1 Jn 5, 5-8).

28. DURRWELL, o. c., p. 105.

El último suspiro de Jesús —el Espíritu— la sangre y el agua atestiguan una misma verdad: que su muerte ha precedido a la efusión del Espíritu Santo. El bautismo cristiano será un bautismo en la sangre de Cristo y en el Espíritu Santo.

Como dice la encíclica *Haurietis aquas* (n. 20), lo que ha sido escrito del costado de Cristo, debe decirse también de su Corazón que, sin duda, fue alcanzado por la lanzada, ya que el soldado la dio para cerciorarse de la muerte de Cristo. Por eso la herida del Corazón de Cristo, muerto ya, es la imagen del amor espontáneo de Dios y de Cristo. El relato de la transfixión esclarece plenamente la profecía de Zacarías ya mencionada: «Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración. Y mirarán a aquel a quien traspasaron: harán lamentación por él como lamentación por hijo único, y lo llorarán amargamente como se llora amargamente a un primogénito. Aquel día habrá gran lamentación en Jerusalén...» (Zac 12, 10-11). «Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza» (Zac 13, 1).

Empieza el reino del Espíritu, los últimos tiempos, la nueva creación... Y bajo este mismo signo se acabará la obra mesiánica cuando llegue la parusía gloriosa: «Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron, y por él harán duelo todas razas de la tierra» (Apoc 1, 7). La profecía de Zacarías era la culminación de la enseñanza profética desde Jeremías. Por su parte el relato de San Juan es la culminación de la profecía de Zacarías y de todas las que ésta contenía implícitamente.

f) *El Espíritu, el agua y la sangre* (Jn 19, 35; 1 Jn 5, 5-8).

El agua y la sangre fueron derramadas juntamente. El agua simboliza al Espíritu y también la divinidad de Cristo. La sangre simboliza la humanidad de Cristo sometido a la Pasión ²⁹.

29. «Porque la vida de la carne está en la sangre, y yo os la doy para hacer expiación en el altar por vuestras vidas, pues la expiación por la vida, con la sangre se hace... Ninguno de vosotros comerá sangre... Porque la vida de toda carne es su sangre» (Lev 17, 11 ss.). «Sólo la sangre no comeréis; la derramarás en tierra como el agua» (Deut 12, 16).

Como se ha dicho, «recibimos el Espíritu Santo mediante la sangre derramada, pues sangre y Espíritu están asociados, a fin de que mediante la sangre que es de nuestra naturaleza, podamos recibir el Espíritu que no lo es»³⁰.

Estos elementos simbólicos reaparecen en la primera epístola de San Juan (5, 5-8): «¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es el que vino por el agua y por la sangre: Jesucristo; no solamente en el agua, sino en el agua y en la sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Pues tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres convienen en lo mismo».

La complejidad del símbolo del agua explica por qué el retorno al Padre (Jn 7, 41) era condición previa para la efusión del Espíritu: «El agua espiritual que apaga la sed del fiel, descende de las alturas celestes del Verbo», «de junto al Padre» (Jn 15, 26), brota del cuerpo resucitado y sentado a la derecha del Padre. Esta agua «brota de muy alto... y brota muy cerca de nuestros labios, de las llagas abiertas en un cuerpo de hombre... Para el hombre no existe otro punto de contacto con la realidad celestial, ni hay otra fuente de donde brote la vida del Espíritu sino el cuerpo de ese Hombre, el Hombre Dios»³¹.

g) *Nacimiento de la Iglesia.*

Con el alumbramiento de la fuente de vida se inaugura la nueva creación, la renovación del mundo por obra del Espíritu³². En adelante, las aguas verdaderas sobre las que está el soplo de Dios, son las aguas bautismales, en cuyo seno habita la virtud vivificante del Espíritu Santo (cf. la bendición de las fuentes bautismales) que engendra al Pueblo de la Alianza. El agua y la

30. *In Pascha Sermo 2*. PG 59, 726. Sermón de autor incierto. ¿San Hipólito? Pertenece a la escuela de S. Ireneo.

31. DURRWELL, *o. c.*, pp. 107-108.

32. Esto no contradice la efusión del Espíritu realizada en Pentecostés. En el Calvario el Espíritu se da como implícitamente. Al anoecer del día de Pascua, Cristo lo comunicó explícitamente a sus Apóstoles, y de modo íntimamente conexo con la transfixión (Jn 20, 20-22). Pentecostés es el coronamiento acabado del don pascual.

sangre son los signos de los sacramentos que plasman el Cuerpo de Cristo, prolongación de su humanidad salvadora. «Todos los bienes espirituales de salvación se sintetizan en la "Iglesia" como el verdadero regalo del corazón traspasado»³³. Del corazón herido de nuestro Redentor nació la Iglesia, dispensadora de la sangre de la Redención; de este mismo corazón mana abundantemente la gracia de los sacramentos (cf. *Haurietis aquas*). La imagen de la Iglesia como nacida del costado abierto de Jesús es la idea más decisiva que del Corazón de Cristo tiene el cristianismo primitivo. A semejanza de la primera Eva, nacida del costado de Adán, la Iglesia se forma con la sangre que mana del Corazón del Salvador y es henchida con el poder del Espíritu que brota del mismo Corazón, como agua viva. Los que se acercan a esta fuente de vida, nacen nuevamente, salvados «por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo» (Tit 3, 5). Fuente que se brinda a todos los que tienen sed; basta acercarse al lugar donde mana: el cuerpo del Salvador.

La «segunda creación prolonga la primera, siendo el cuerpo de Cristo su punto de unión. Partiendo de la formación del universo material, pasando por el hombre, reduciéndose progresivamente hasta la cumbre de la humanidad que es Cristo, la historia de la salvación vuelve a partir desde este punto, ensanchándose siempre hasta ver de nuevo creado el universo entero a través de los hombres. En el centro de la historia está el cuerpo de Cristo, cuya muerte es para el mundo mortal el vértice y el fin, cuya gloria es para el mundo nuevo la raíz de su novedad. Este cuerpo conserva en el costado la llaga de su transfixión, en la cual la primera creación es inmolada y la segunda consagrada»³⁴.

III.—DIMENSIONES DE ETERNIDAD

Consideremos ahora la revelación postrema del misterio del Corazón y del Espíritu. Una vez más, San Juan nos dará la pauta y nos hará comprender, mediante símbolos y con maravillosa con-

33. H. RAHNER, *Los comienzos de la veneración al corazón de Jesús en la Patristica*, en STIERLI, o. c., p. 103.

34. DURRWELL, o. c., p. 303.

tinuidad de pensamiento, la misión perenne del Corazón tras-pasado.

a) *El Cordero degollado y victorioso.*

El Apocalipsis se centra en una figura muy querida de San Juan, quien la designa «con un nombre que respira gracia y ternura: ¡el Corderito!»³⁵. Nos dice que en la muerte de Jesús se cumplió una prescripción concerniente al cordero pascual: «No romperéis ningún hueso de la víctima» (Ex 12, 45; Jn 19, 36). Para Juan, Cristo muerto en Cruz es la realidad figurada por el cordero pascual. El cordero pascual se inmolaba para recordar el día en que Yavé libertó a su pueblo. Por otra parte, el sacrificio de Cristo coincidió con la celebración de la Pascua judía. Resulta, pues, sugestivo relacionar el cordero pascual y el Cordero que quita el pecado del mundo. Sin embargo, el cordero pascual no era un sacrificio por el pecado. ¿Cómo relacionar, pues, ambas imágenes? Recordemos el salmo que habla de los huesos del justo perseguido: «Muchas son las desgracias del pusto, pero de todas le libera Yavé; todos sus huesos guarda, no será quebrantado ni uno solo» (Salm 34, 20-21). Este justo pertenece a la categoría de los siervos de Yavé (*ibidem* 23), cuyo modelo está en el capítulo 53 de Isaías. Este siervo por excelencia, probado por Dios, desfigurado por la lepra (Is 53, 3) carga con el pecado de todos y ofrece su vida en sacrificio de reparación. Tengamos en cuenta que al mismo tiempo el siervo de Isaías es el cordero llevado al matadero (Is 53, 7) y que la palabra aramea empleada por Juan Bautista para designar al Mesías (Jn 1, 36) significa juntamente Cordero y siervo.

Ahora bien, según el Levítico, el sacrificio reparador del leproso consistía precisamente en un cordero (Lev 14). San Juan estaba versado en el ritual judío. Para él, un cordero expiatorio evocaba el rito de purificación del leproso, con la misma naturalidad con que el pan ácimo nos recuerda a nosotros la hostia de la misa. Para Juan, la víctima del Calvario era cordero expiatorio y cordero pascual. La ley prohibía romper los huesos del cordero

35. IDEM, *ibid.*, p. 162.

pascual. Y, por su parte, el siervo que se ofrecía en sacrificio de reparación por el pecado de los hombres, confiaba en Dios por encima de la muerte: ninguno de sus huesos sería quebrantado. La mención del Antiguo Testamento ha surgido espontáneamente en San Juan, debido a su valor doblemente evocador.

El Cordero ya no desaparecerá del horizonte de San Juan. El mundo misterioso del Apocalipsis aparece tras este símbolo. El Cordero degollado (Apoc 5, 12) sintetiza la pasión y glorificación del Mesías. Junto a él se congrega la muchedumbre innumerable de los elegidos que han blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero (7,14). El cordero degollado, reina en el poder y la gloria, y conserva para siempre, como testimonio de nuestro rescate, las heridas luminosas de su pasión (cf. *Haurietis aquas*, 40). En efecto, para Juan Evangelista, las cinco llagas permanecen abiertas en el cuerpo de Cristo Resucitado. En ellas se puede introducir la mano o el dedo (Jn 20, 27). Al atardecer del día de Pascua, Jesús mostró a sus discípulos «las manos y el costado» (Jn 20, 20) y luego les comunicó el Espíritu Santo (Jn 20, 22). En ese atardecer, Cristo fue para sus Apóstoles fuente del Espíritu; y lo mismo sigue siendo perpetuamente en la gloria. Toda su vida gloriosa lleva las señales de la Pasión (cf. Apoc 17, 4; 19, 16 ss.). «Todo lo que es para sus fieles: jefe, pastor, pureza, vida eterna, lo es en cuanto cordero inmolado»³⁶.

La encíclica *Haurietis aquas* ha subrayado esta dimensión de eternidad que tienen las llagas de Cristo: «Aun en la gloria del cielo, lleva en las heridas de sus manos, de sus pies y de su costado los esplendentes trofeos de su triple victoria: sobre el demonio, sobre el pecado y sobre la muerte; lleva, además, en su Corazón... aquellos inmensos tesoros de sus méritos, frutos de su triple victoria»; «triumfante ya en el cielo... muestra su Corazón vivo y herido, con un amor más ardiente que cuando, ya exánime, fue herido por la lanza del soldado»³⁷.

En conclusión, los textos del Apocalipsis se esclarecen con el relato de la transfixión; así como el misterio del Corazón traspasado cobra una dimensión escatológica en la «revelación» (apocalipsis) hecha por Jesús mismo «a Juan, su siervo» y su testigo.

36. *Ib.*, *ibid.*, p. 164.

37. *Haurietis aquas*, nn. 22 y 24.

b) *El templo nuevo y el río de vida* (Jn 2, 13-22; Apoc. 21-22).

Durante la primera pascua de su vida pública, Jesús arrojó a los vendedores del Templo. Su Corazón, devorado de celo por la casa de su Padre, no puede tolerar que ésta se convierta en casa de mercado. Y a los que le piden alguna señal que justifique semejante audacia, Jesucristo les contesta: «Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré» (Jn 2, 13). Como dice San Juan: «Hablaba del Santuario de su cuerpo» (Jn 2, 21).

Para los judíos, el Templo era prenda de la Alianza; lugar privilegiado donde la presencia de Dios se hacía casi tangible; punto de encuentro entre Dios y su pueblo. «Dios con nosotros, Emmanuel» (Is 7, 14), tal era en el fondo, toda la significación del Templo.

Ezequiel vio que la gloria de Yavé abandonaba el templo profanado por la idolatría (Ez 10, 18-19). Durante el exilio vio otro templo (Ez 40-47), morada definitiva e ideal de Dios en medio de un pueblo renovado, purificado y consagrado. «El fuero del Templo» (Ez 43, 12), consiste antes que nada en el cumplimiento de los mandamientos. Esta profecía debe relacionarse con la promesa de «un corazón nuevo y un espíritu nuevo» que Dios dará al nuevo Israel (Ez 36, 25-27).

Otro profeta del destierro, amplió el tema del Templo hasta las dimensiones del mundo. La humanidad entera penetrará en ese templo para glorificar al Dios de Israel, Dios de toda la tierra (Is 60).

El Templo que Cristo frecuentó era el tercero a partir de Salomón. No tenía que ser para ese edificio material el glorioso destino anunciado por los profetas. Cuando Jesucristo murió, el velo del santuario se rasgó en dos, de arriba abajo (Mt 27, 51), la casa quedó desierta (cf. Mt 27, 38), y cuarenta años más tarde se vino abajo para no levantarse más. El antiguo Templo ya no tiene sentido. Cristo, muerto y resucitado, está entre los suyos como una morada viviente; templo «en que habita la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9); casa de oración inundada por la gloria de Dios (cf. Ex 24, 17; Núm 10, 34; etc.).

Por supuesto, Jesús era Templo del Espíritu desde el momento de su concepción virginal; «Tabernaculum Altissimi, Templum

Dei Sanctum»³⁸. Pêro puede decirse que su verdadera consagración como santuario para todos los adoradores en espíritu y en verdad, empieza con la Pascua. Entonces la gloria de Dios o «poder del Espíritu» (cf. Rom 8, 10; Ef 1, 19-20) invade el cuerpo resucitado y se derrama por la puerta abierta de su costado, como un río de vida que fecunda a la Iglesia y la conduce a la consumación de su unión misteriosa con Cristo. La puerta de su Costado figura la puerta del templo eterno en que se consumará la felicidad de todos los hombres³⁹.

La Iglesia, esposa de Cristo y animada de su Espíritu, es también Templo de Dios, abierto a todas las naciones, lugar de encuentro entre Dios y su pueblo. El corazón de la Iglesia es el Corazón de Cristo, inmenso Corazón cósmico en el que todos los corazones se unifican. Y a esta Iglesia, «carne de su carne», Cristo ha confiado la dispensación del agua viva de la salvación. De ella, como antes del Corazón abierto, brota ahora la fuente pura y fecundante. Fuente que nunca se agota, pues mana de la vida eterna para la vida eterna.

El misterio del Templo —que es el misterio del encuentro— se va realizando a lo largo de toda la Historia de la Salvación y culmina con la Parusía. De ahí que aparezca el tema del Templo en el Apocalipsis⁴⁰. Toda la ciudad Santa, la ciudad-esposa, es «la morada de Dios con los hombres» (Apoc 21, 3); todos son su pueblo, y él, Dios con ellos, será su Dios. Pero este Templo tiene un centro: el Santo de los Santos: el trono de Dios. «No vi Santuario alguno en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero, es su Santuario» (Apoc 21, 22). Del trono de Dios y del Cordero brota un río de agua que riega la ciudad de Dios, y hace fructificar maravillosamente en sus orillas los árboles de la vida (Apoc 22, 2). No habrá allí sed, porque los guiará a los manantiales de las aguas de la vida (Apoc 7, 16-17). Los Patriarcas y el Pueblo del Exodo caminaban de un lugar de agua a otro. Los profetas del segundo éxodo alentaban al pequeño resto a empren-

38. Letanías del Sagrado Corazón.

39. Cf. S. BERNARDINO DE SIENA, *Serm. 5, De christiana religione*.

40. En el Apocalipsis reaparecen los temas que hemos encontrado en nuestro estudio; temas que convergen hacia el centro de la Historia de la Salvación; centro de donde brota todo en adelante; y es tal la unidad del diseño de Dios que las imágenes del A. T. siguen siendo válidas.

der nuevamente el camino bajo la guía de Dios, que derrama su espíritu como agua fecunda. Los sabios de Israel invitaban a beber de las fuentes del agua viva: Dios, que da la sabiduría de la Ley. Cristo se presentó como la verdadera fuente de vida y dio cumplimiento a todas las figuras mediante el misterio de su muerte y resurrección. La participación en su victoria nos abre la única fuente capaz de satisfacer nuestra sed: «Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida» (Apoc 21, 6).

Las bodas del Cordero empezaron en el Calvario, pero terminan en la eternidad. Entonces el Esposo abrirá definitivamente la fuente de agua viva y será, para todos, el Corazón del cual brota el Espíritu.

CONCLUSION

La devoción al Corazón de Cristo y el Misterio Pascual

En definitiva, sólo existe una fiesta cristiana: la Pascua del Señor, síntesis de todo el misterio de la salvación: misterio de la vida a través de la muerte. Pero para que captemos mejor su riqueza, han ido surgiendo las diversas fiestas litúrgicas del año; todas gravitan en torno a este centro, para subrayar, cada una a su modo, los inmensos tesoros de la salvación contenida en el acto único: Muerte y Resurrección de Cristo. «El designio de Dios conduce siempre a la nueva alianza y a la liberación de la Pascua»⁴¹. De ahí que todas las fiestas deban estar relacionadas con Pascua.

Correlativamente sólo existe una espiritualidad cristiana: la del Exodo, la del «paso» de la muerte a la vida, en unión con el Señor muerto y resucitado. Este debe ser el sentido de toda espiritualidad, de toda «devoción». Y esto se aplica también al culto al Sagrado Corazón de Jesús.

Quisiéramos, para terminar, considerar el misterio del Corazón de Jesús, fuente del Espíritu, desde esta perspectiva pascual

41. J. LECLERCO, *Les sources liturgiques de la dévotion au Sacré-Coeur, Vie spirituelle*, abril, 1961.

y litúrgica a la vez. Creemos que esta síntesis resume cuanto precede y, al mismo tiempo, realza los valores esenciales de la devoción al Sagrado Corazón; valores que afloran claramente al considerar el sustrato litúrgico que condiciona históricamente esta devoción, y al tener en cuenta su origen pascual, fundamento de su perennidad.

Se ha dicho que la fiesta del Sagrado Corazón coincide con la del Viernes Santo (como el Corpus coincide con el Jueves Santo). Pero en ella el misterio de la Pasión es, en cierto modo, considerado desde dentro, en función del Amor misericordioso simbolizado por el Corazón. En rigor hay más: el culto litúrgico al Sagrado Corazón interioriza todo el misterio pascual. Pasión y glorificación son inseparables: dos veces recuerda la encíclica *Haurietis aquas* que nuestro culto se dirige al Corazón glorioso del Señor. La devoción al Sagrado Corazón (en el sentido pleno de la palabra «devotio», que incluye don de sí, compromiso) ha nacido de la contemplación del costado abierto de Cristo, expresión de un amor sin medida; pero también de la consideración de las riquezas de la Redención simbolizadas por la sangre y el agua.

Existen muchos rasgos comunes entre los textos litúrgicos relativos al triduo pascual y los que se refieren a la fiesta del Sagrado Corazón. Los responsos de maitines de los tres días insisten mucho sobre la angustia y el sufrimiento del Corazón de Cristo, sobre su Amor que triunfará del desvío de los hombres. Una antifona del Viernes Santo (Laudes) se refiere al combate que se está librando en lo más hondo de su alma: «Anxiatus est in me spiritus meus; in me turbatum est Cor meum». Turbación profunda que reaparece en los maitines del Sagrado Corazón: «Dum anxiaretur Cor meum, in petra exaltasti me». El Introito de la misa y la primera antifona de maitines nos revelan los pensamientos de su Corazón: «Cogitationes Cordis ejus in generatione et generationem; ut eruat a morte animas eorum et alat eos in fame» (Sal 33). Designio de salvación, designio de amor de un Dios que piensa con su Corazón, es decir, con todo su Ser, que es Amor. «Designio escondido desde siglos en Dios» (Ef 3, 5 ss.; epístola de la misa) y hecho realidad con la apertura de las «fuentes de salvación», al ser traspasado el costado de Jesús.

Otros textos del Oficio del Sagrado Corazón contemplan con gratitud la obra redentora del amor de Cristo ⁴².

Pero el texto fundamental que relaciona estrechamente el misterio del Corazón y el misterio pascual es el texto de la transfixión (Jn 19, 31-34).

A ella aluden (Improperios del Viernes Santo) dos quejas dolorosas del Salvador, al mismo tiempo que establecen un paralelo entre la obra realizada por Dios (salida de Egipto) y la ingratitud del pueblo elegido: «Yo te abrí a tu paso el mar y tú, con una lanza, me has abierto el costado». «Te planté como viña de elección, y tú... abriste con la lanza el corazón de tu Salvador».

El himno triunfal a la cruz, el himno de Pasión (*Vexilla Regis*), ya mencionaba el costado abierto del Salvador y su fuente salvífica: «*Quo vulneratus insuper - mucrone diro lanceae, - ut nos lavaret crimina - manabit unda et sanguine*».

Por su parte, los textos del misal y del breviario para la fiesta del Sagrado Corazón vuelven a menudo a la escena de la transfixión: laudes, vísperas, colecta, evangelio, comunión. El Prefacio canta el «Corazón abierto del que mana sobre nosotros un torrente de gracia y de misericordia». Alusión al texto de Ezequiel (cap. 47): por la puerta abierta del Santuario de la Nueva Alianza, el Espíritu se derrama sobre el mundo, como fuente de vida y santidad. De ahí el canto de Pascua (*Vidi aquam*): «Ví un agua que salía del lado derecho del templo. Y todos aquellos a quienes llegó esta agua fueron salvados» ⁴³.

Otro texto capital que relaciona el Corazón, fuente del Espíritu, con el misterio de Pascua, es el texto que hemos considerado detenidamente, la proclamación solemne de Cristo en la fiesta de las tiendas o tabernáculos: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva» (Jn 7, 37-38).

Es cierto que este texto no figura en la liturgia pascual; sin embargo, nos es sugerido constantemente gracias al salmo 117

42. Por ejemplo, los textos tomados de Ef. 1, 6-7; 2, 5-6.

43. «Hasta el presente, los artistas siguen la norma iconográfica de representar la herida del costado del Señor a la derecha, en vez de atenerse a la realidad anatómica e histórica. Esto se debe, probablemente, a este pasaje de Ezequiel y a su interpretación bautismal». B. FISCHER, *La Maison-Dieu*, n. 58, 1959, p. 120.

(«Confitemini Domino»). En cambio, sí figura en la liturgia del Sagrado Corazón: segunda antifona de laudes; además ha inspirado (junto con la transfixión) el himno de vísperas: «Ex hoc [Corde] perennis gratia, Ceu septiformis fluvius...».

La vigilia pascual nos recuerda las cicatrices gloriosas del Resucitado. Al clavar en forma de cruz los cinco granos de incienso, el celebrante dice: «Por sus santas llagas gloriosas, nos guarde y proteja Cristo Señor». Luego, en la bendición del agua bautismal se nos recuerda el Espíritu que estaba sobre las aguas, la fuente del paraíso, el agua de la roca para el pueblo sediento, el agua de Caná y la del Jordán. Y prosigue el celebrante: «Bendígote también por Jesucristo... quien te hizo salir de su costado mezclada con sangre, y mandó a sus discípulos que en ti bautizasen a los creyentes... en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Tenemos, pues, en plena liturgia pascual a Cristo, con el costado abierto, que se introduce, mediante el símbolo del cirio pascual, en las aguas regeneradoras para difundir en ellas su Espíritu de vida. «El agua que brotó del costado del Señor cumplió las figuras proféticas e hizo posible el bautismo de los cristianos»⁴⁴. Gracias a la Redención, «toda el agua confluye en el gran río bautismal de Agua y Sangre, de Espíritu y de fuego que brota del árbol de la cruz» —del Corazón traspasado del Salvador— «en el misterio de Pascua y de Pentecostés»⁴⁵.

Sólo el misterio pascual puede dar a la devoción del Sagrado Corazón su sentido profundo y auténtico. «Precisamente en la preparación y en la celebración pascuales, la Iglesia nos recuerda los textos y los ritos que han originado el culto... que la Iglesia ha tributado siempre al Corazón traspasado de Jesús, que derrama sobre los rescatados las aguas vivas de la gracia»⁴⁶.

La obra redentora culmina con el don del Espíritu Santo, don del Corazón de Cristo en quien habita la plenitud del Espíritu de Dios. Cuando la Iglesia esté definitivamente coadunada en la unidad por este Espíritu de Amor —«Sancto Spiritu Congrega-

44. J. LECLERQ, *l. c.*, p. 377 ss.

45. J. GOETMANN, *L'eau, source de vie*, Bible et Vie chrétienne, 1960, p. 64.

46. J. LECLERQ, *l. c.*

ta»⁴⁷— el Corazón de Cristo, mediador de Amor y testigo eterno de nuestra Redención, hará que su esposa beba sin fin del torrente de agua viva que procede del seno de la Santísima Trinidad.

BIBLIOGRAFIA

- F. X. DURRWELL, *La Resurrección de Jesús, misterio de salvación*, Herder, Barcelona, 1965.
- E. GLOTIN, *Le Mystère du Coeur de Jésus. Introduction à la Théologie de l'Encyclique "Haurietis aquas"* (tesis mecanografiada).
- J. GUILLET, *La révélation progressive de l'Esprit dans l'Ecriture*, «Lumen Vitae» 8 (1953) 18-32.
- J. LECLERCO, *Les sources liturgiques de la dévotion au Sacré-Coeur*, Vie spirituelle, abril, 1961.
- PIO XII, Encíclica *Haurietis aquas*, Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, 7.ª ed., Acción Católica Española, Madrid, 1967, tomo I, pp. 1.184-1.208.
- D. MOLLAT, *Le puits de Jacob*, Bible et vie chrétienne, n. 6, 1954, pp. 83-91.
- J. STIERLI, *Cor Salvatoris*, Herder, Barcelona, 1958.
- VARIOS, *Le Coeur*, Etudes Carmélitaines, 1950.
- Evangile*, cahiers nn. 14 (*Le souffle et l'Esprit de Dieu*), 17 (*L'Esprit qui donne la vie*) y 19 (*La source de l'eau vive*).

47. Colecta del viernes de tóporas después de Pentecostés.